

FUNCION MORAL DE LA POESIA

(Una página inédita)

Por los años cincuenta, estudiantes de la Universidad de Madrid quisieron celebrar unos actos en memoria de Antonio Machado. Contaron para ello con la colaboración de cuatro o cinco poetas, cuyas actuaciones se vieron cercadas por la coerción ejercida entonces. El grupo juvenil más fervoroso y decidido promovió la contrarréplica de un homenaje para aquellos poetas colaboradores de sus jornadas machadianas, tan mal acogidas oficialmente.

Vicente Aleixandre, siempre al día de todo acontecer y nunca al margen de toda significación de libertad, envió para aquel homenaje una cuartilla. Las autoridades frustraron el desarrollo de la reunión, y la cuartilla no se hizo lectura. Absolutamente inédita, reviste interés, por cuanto reafirma un concepto de la misión del poeta y del destino de la poesía que está también implícito, y aun manifiesto, en los propios poemas aleixandrinios de aquellos años. Tal es la razón de que importe exhumarla. Decía así:

«No envió mi adhesión esta vez a un festejo por el éxito de un libro de hermosos poemas, sino a un acto positivo que subraya lo que la poesía es hoy ante todo: una toma de conciencia. Y en la ocasión presente, en acción, una conducta. Eso es sin duda (al fondo la intachable figura de Machado) lo que os congrega hoy alrededor de estos poetas, en los cuales, por el acto de exaltación del maestro imperecedero, todos: chicos y grandes, jóvenes o viejos, hombres y mujeres, nos hemos sentido representados o, mejor aún, encarnados. Admirable realidad del poeta que, si de veras lo es, habla por todos.

Es a la significación moral del acto de hoy, promovido por el corazón y la conciencia vigilante de la juventud, a lo que yo envió mi adhesión, sentándome espiritualmente entre vosotros, si me lo permitís, para expresar mi admiración y mi gratitud a estos poetas, a los que vemos hoy coronados por el más bello de los resplandores: la luz de la responsabilidad.»

En estas pocas líneas, que no cuentan ni doscientas palabras, encontramos condensados seis temas trascendentales y enormemente

significativos para el entendimiento de la persona y de la obra de Vicente Aleixandre, lo que prueba, de una parte, la sinceridad con que fue escrito el breve texto; de otra, la condición de poeta total de su autor: cuanto escribe, lo identifica.

Los seis motivos a que aludo y que se me antojan pequeñas síntesis de caracteres unos, de actitudes otros, muy aleixandrinos —cualquier lector los percibirá— podrían enunciarse así:

- a) Sencillez y generosidad personales.
- b) Fe en la juventud.
- c) Reconocimiento de Machado.
- d) La poesía como una toma de conciencia y una conducta.
- e) La responsabilidad del escritor.
- f) El concepto del poeta como voz colectiva.

Los párrafos que siguen avanzan por esos enunciados, intentando su ampliación consecuente.

a) Con naturalidad, sin empacho alguno, el maestro declara nada menos que *admiración* y *gratitud* hacia unos poetas no sólo mucho más jóvenes que él (estaba próximo a cumplir los sesenta años), sino todos deudores declarados de su magisterio. Esta es una condición del hombre Aleixandre, reconocida y proclamada por cuantos le han tratado. Los testimonios son innumerables. Se ha comparado a veces la influencia de Aleixandre sobre la juventud de posguerra con la ejercida en los años veinte por Juan Ramón Jiménez sobre la que luego fue famosa generación, pero me parece que la fundamental diferencia reside en que a Juan Ramón debió de faltarle la generosidad y la comprensión humana que Vicente Aleixandre ha derrochado.

b) La alusión a la juventud encierra una valoración coherente con la vida y la obra aleixandrinas. La juventud ha seguido en todo momento y en sucesivas promociones, durante décadas, a Vicente Aleixandre. Los jóvenes se han sentido atraídos por su *poesía original* y renovadora. Las revistas de poesía han solicitado con entusiasmo el espaldarazo de su colaboración, nunca negada, y que en algunas ocasiones se tradujo en notables cartas de orientación y estímulo. Esto no puede ser casual, antes bien, parece producto de una actitud recíproca: Aleixandre cree en la juventud y sitúa en ella la esperanza. Pero es que, además, *lo joven* forma parte del mundo poético aleixandrino, en punto de exaltación. Ya el poema «Adolescencia», de *Ambito* (1928), es como una elegía anticipada del huyente tiempo juvenil. En otras zonas de su obra, cuerpos jóvenes cruzan radiantes por una

suerte de alba del Universo, enmarcados en paisajes donde lo elemental y prístino alumbra su inocencia. Y en uno de sus libros últimos —*Poemas de la consumación* (1968)—, cuando leemos

*Tras el cristal la rosa es siempre rosa.
Pero no huele.*

comprendemos que esa rosa es la juventud, vista a través del vidrio del tiempo, y que juventud es igual a vida:

Vida es ser joven y no más

afirma otro verso de este mismo libro. El culto juvenil es como un culto de exaltación a la materia viva, en congruencia, por distintos caminos, con la inserción del hombre en el cosmos (*Sombra del paraíso*), con el sentido de la madre-tierra (*Espadas como labios*) y con la materia única (*En un vasto dominio*).

c) Aleixandre reconoce la importancia de la figura de Antonio Machado. La poesía de Antonio Machado es controvertible para algunas actitudes poéticas. Lo es hoy para ciertos grupos de poetas jóvenes —y no voy a entrar ahora en comentarios sobre ese extremo—; lo era para aquellos otros jóvenes de los años veinte. Es sabido que, aunque le respetase, la Generación del 27 no fue devota del autor de *Campos de Castilla*, el cual se sintió él mismo desasistido y algo lejano de aquellos jóvenes renovadores de la poesía («Si esos jóvenes son poetas, yo seré otra cosa», llegó a escribir, familiarmente, en una carta a «Guiomar»). El joven Aleixandre no es una excepción en la actitud poética, pero sí lo es, en cierto modo, como lector de Machado. Nos ha dicho que lo leyó pronto, cuando inició sus primeros encuentros con la poesía (1917), y es cierto, porque el rastro lo hemos visto surgir donde menos podía esperarse: en un poema de *Pasión de la tierra*, donde el surrealismo es más intenso. «En el umbral de un pecho me llamaron», dice con claro recuerdo voluntariamente modificado, para continuar, en una suerte de réplica al poema de *Soledades*, «No era la buena voz». Bastantes años después, uno de los primeros capítulos de *Los encuentros* (1958) se dedica a la figura humana de don Antonio. En la cuartilla transcrita, el elogio no puede ser más expresivo para su ejemplar conducta.

d) Enlaza este reconocimiento a la importancia de la conducta social del poeta, a su temple moral, con otro punto del texto comentado. La poesía —dice— es *una toma de conciencia y una conducta*. Trasciende, pues, de una mera experiencia verbal y, por ende, trasciende de la pura estética para entrar en una zona ética, donde se

contempla *la responsabilidad* del escritor. Lejos los tiempos de la *poesía pura*, que apenas rozó la obra del primer Aleixandre. Su poesía se substanció en seguida en un afán solidario: hombre y naturaleza se unifican, responden a un todo, ya merced al impulso de una fuerza amorosa, ya en el *nacimiento último*. Pero, por otra parte, el poeta, que no vive en las nubes, se debe a su tiempo, y cada momento histórico tiene sus exigencias. «Hay épocas graves, de urgentes crisis, en que se tiende a juzgar a los poetas no por su poesía, sino por su moral implícita.» E, inmediatamente, un complemento que fortalece y legitima, por así decirlo, esa declaración: «Cada día está más claro que toda poesía lleva consigo una moral.» Son afirmaciones de Vicente Aleixandre hechas en 1950. Poco después, y ya en los años de la prosa que estoy comentando, el centro poético de su quehacer es el hombre histórico y su necesaria solidaridad con los demás. La propia proclamación del Premio Nobel se acompaña de unas frases que lo expresan bien: una poesía que ilumina la condición del hombre en el cosmos y en la sociedad de la hora presente. No es menester insistir sobre estudios ya realizados en torno a esta evolución aleixandrina. Baste subrayar, como antes he dicho, la semejanza del texto que ofrezco —publicándolo por primera vez— con el talante de los poemas coetáneos. Por ejemplo, que la poesía es *una toma de conciencia*, está ya escrito en «Poesía: comunicación», publicado en la revista *España* (número 48), en 1950:

*Una conciencia sin atenuantes: eso es el poeta,
en pie, hasta el fin.*

e) Conforme avanzamos en las conclusiones deducidas de la cuartilla inédita, va haciéndose evidente que no fue un escrito ocasional, no se pergeñó por mero compromiso ni se limitó a apuntar al margen un suceso ajeno a su propia actitud. La responsabilidad del escritor está sentida por Aleixandre de manera profunda. Recordemos aquel texto dialogado, de 1951, recogido bajo el mismo título de «Poesía: comunicación»:

«—Confiese usted que el poeta escribe para sí mismo.

... ..
—Yo haría una distinción. La función de escribir produce una fruición que le está íntegramente destinada al poeta. Pero más allá...

... ..
... Más allá de ese placer evidente, algo más hondo mueve al poeta. El poeta se comunica.

... ..
—Y esta comunicación tiene un supuesto: el idóneo corazón múltiple donde puede despertar íntegra una masa de vida participada.»